

Toca aprender cada día

Que respeto me dio entrar aquella primera vez a una habitación en la que se encontraba una persona en situación de final de vida.

Digo respeto por no decir miedo, sería poco profesional, aunque así lo sentía. Me temblaban las piernas y un poco la voz en el primer saludo.

Claro que el sentir profesional me obligaba a superar esas barreras y enfrentarme a esa persona moribunda en su cama y a su familia desencajada de dolor ante la inminente pérdida de su ser querido.

Tras un largo tiempo de esas sensaciones surgieron otras mucho más intensas. La importancia de poder acompañar a una persona y a su familia en el final de vida, “empezar a comprender qué son los cuidados paliativos”. Mucho más allá que los días previos a la muerte.

Lo complicado de empatizar con una persona que prepara su último recorrido por esta vida, es, porque a todos nos pasa, que parece que a nosotros no nos va a suceder.

Empiezas a conocer casos, personas de diferentes edades, creencias, países y sobre todo, conoces sus vidas, cada una de ellas única y exclusiva.

Toca aprender cada día, siempre hay algo nuevo. Siempre pienso que es una suerte poder aprender de cada una de las personas con las que hablo. Que importante es la palabra escucha, los profesionales que trabajamos con personas debemos escuchar, todos, no importa que categoría de profesionales seamos. Si una persona se siente escuchada y comprendida, tiene menos dolor, menos presión, menos miedo, menos ansiedad...

Siempre cuento un caso que me impactó y de alguna manera hizo que este mundo me atrajese profesionalmente. Fue una mujer joven con un cáncer de pecho, sufría emocionalmente por la pérdida funcional, pero sobre todo, el no poder disfrutar de sus hijos de 6 y 8 años.

Con esta persona establecí un vínculo muy especial, conectamos como personas y eso ayudó a mí hacer profesional. No quería hablar con su familia de sus miedos, deseos y temas pendientes, “no quería hacerles sufrir”...

Trabajamos muchos días sobre la importancia de transmitir todo esto y cerrar lo pendiente con todos ellos, fue un trabajo muy bonito y a la vez muy duro. Pero lo más duro llegó el día que decidió despedirse de sus hijos, no quiso que nadie de su familia estuviese allí pero me pidió que fuese yo la que le acompañase en ese momento.

Que fuerza sacó para hablarles sin emocionarse, con una entereza que jamás hubiera pensado que alguien en esa situación pudiera tener. Que recuerdo más bonito para esos niños las palabras que su madre les dedicó. Preparamos unos escritos y unos colgantes que ella misma ese día les puso (dentro una foto de los tres juntos). Aunque eran pequeños estoy segura que se acordarán para siempre.

Pero yo sí que no olvidaré nunca a María, ese día al irme a mi casa, lloré por María y esos niños que se quedaban sin madre, que tanto la necesitaban todavía. Pero con ella aprendí el principio más importante de todos, “la compasión”.

Trabajo Social - Hospital San Juan de Dios Pamplona

